

Unidad 10

- La Historia, Maestra de la Política

10.1 La historia como conciencia colectiva.

ARNALDO CÓRDOVA



LA HISTORIA, MAESTRA DE LA POLÍTICA

La historia es, ante todo, memoria del pasado en el presente. Es una recreación colectiva, incluso cuando se la convierte en ciencia, es decir, en explicación, en respuesta a los *porqué* del presente y en afirmación demostrable o sujeta a comprobación. Es el hogar de la conciencia de un pueblo, el contexto objetivo de su modo de pensar, de sus creencias, de su visión de la realidad, de su ideología, incluso cuando es *expresión individual*. No hay historia independiente de la conciencia colectiva del hombre. Por eso la historia aparece siempre como discusión y reelaboración del pasado; por eso tiende siempre al futuro, como explicación del pasado, en las formas de la utopía y del mito. De ahí su fuerza como forma que adquiere la conciencia social.

La esencia de la historia, como análisis y enjuiciamiento de los hechos pasados, consiste en hacer del pasado mismo un problema del presente. Y mientras más se remonta el horizonte del análisis mayor fuerza adquiere la conversión del conocimiento en problema. Nuestro actual horizonte, señalado por la formación del Estado nacional en nuestro país, abarca ya un siglo. Éste es el trasfondo de nuestro presente, parte de él, la dimensión de nuestra conciencia histórica, colectiva, como pueblo, como nación, y también como individuos. Lo menos que ha ocurrido a quienes han intentado traspasar las fronteras de esa conciencia histórica ha sido la pérdida de credibilidad, de poder de convicción, de sen-

tido de la realidad. Desde este punto de vista, somos prisioneros de nuestro presente; pero ello es condición esencial de nuestra capacidad y de nuestra aspiración para hacer historia, para analizar nuestro pasado y proyectarlo del presente al futuro.

La historia es conciencia colectiva y en ello, más que en la determinación de los datos del pasado, reside su objetividad y su poder de convicción. El historiador, en el fondo, escribe lo que su tiempo impone como necesidad y como aspiración en el campo del conocimiento y de las creencias. No antes ni después, sino en el momento preciso que dicta el presente de los tiempos. Según sea la conciencia colectiva, vale decir, el conjunto de ideas y creencias a las que nos debemos, a las que respondemos, por las cuales actuamos o contra las que nos oponemos, así será la historia que recreemos. La elección temática, el vigor de las tesis sustentadas, el valor heurístico de la obra, su proyección al futuro, su capacidad explicativa del presente, el campo de su aplicación y su utilidad entran todos como expectativas de la dimensión del tiempo que el historiador vive y constituyen, a la vez, sus estímulos personales y la fuente de su interés. La eficacia con la que el historiador responde a esas expectativas de su época, las cuales supone, de una o de otra manera, como comienzo y marco de su trabajo, da la medida y la identidad del sello particular de su obra, independientemente de cuál sea su materia de estudio, la que siempre será vista desde la atalaya del presente, desde aspiraciones y necesidades presentes.

El *presente*, empero, no constituye un "cor-te" en el tiempo, sino que es también una

época histórica que surge y se hunde, a la vez, en un pasado inmediato del que forma parte y del que es resultado. El presente es precisamente *dimensión histórica* y no un momento de la historia. Los hombres responden, desde luego, a urgencias actuales; pero se forman, piensan y actúan a partir de y de acuerdo con paradigmas ideales que resumen y expresan los valores de toda una época histórica y no de este o aquel momento en particular. Marx pensaba que "la humanidad sólo se propone los problemas que puede resolver" y ello hace referencia a los paradigmas ideales de un tiempo histórico que plantean y definen esos problemas.

Nuestra época, nuestro tiempo histórico, está marcado por ese fenómeno de trascendencia no sólo nacional sino también continental que es la Revolución mexicana. La problemática social que ella inaugura se eslabona, como resultado, con el período del Estado oligárquico porfirista (1876-1911) y define el período sucesivo, política, social, económica y culturalmente, que hoy, a través de grandes transformaciones sucesivas, seguimos viviendo. No es extraño que el problema de la historia que hoy hacemos sea, por antonomasia, el de la Revolución mexicana: es nuestro referente, pensamos a partir de ella, nos movemos por ella o contra ella, en ella y por ella actuamos, sobre ella indagamos el pasado, incluso el más remoto, en ella fincamos nuestro desarrollo futuro, parecido o diferente a ella; por ella somos lo que somos; ella ha acabado identificándonos como un pueblo y una nación.

Hubo un momento, a la mitad de los años sesenta, en que la Revolución mexicana pa-

reció perderse en el pasado, ocupados como estuvimos entonces en imitar a los anglosajones en el modo de estudiar e indagar en nuestra realidad. Paradójicamente, aquél constituyó el inicio de un amplio desarrollo de las ciencias sociales en México; el estilo de la investigación cambió radicalmente; el conocimiento de lo social pareció dejar de lado la opinión y la interpretación e instauró el culto del dato objetivo. No faltó, por supuesto, quien fungiera como sacerdote nativo de la religión empirista e investigara y enseñara en el credo "científico" del "dato". Hubo quienes llegaron a profesar ante sus alumnos: "¿Para qué reflexionar sobre el dato si éste se halla bien determinado? ¡El dato habla por sí solo!" También se dijo: "¿Estudiar la Revolución mexicana? ¡Pero si eso ocurrió hace medio siglo!" El 68 hizo saltar en pedazos la religión empirista en las ciencias sociales, recordando, cruentamente, a propios y extraños, que la nuestra es la era de la *Revolución mexicana*. Muchos de los sacerdotes del empirismo social, algunos de los cuales habían llegado a afirmar, por ejemplo, que la filosofía (y aquí se contaba, entre otras corrientes de pensamiento, en primer lugar al marxismo) estaba ya "pasada de moda", con lo cual querían indicar que la reflexión sobre la realidad social o, dicho en su jerga brutal y directa, la "especulación histórica", no tenía ya nada que hacer en este mundo industrial y tecnológico, se vieron inmiscuidos por una u otra razón en el desarrollo de la rebelión juvenil y ellos mismos experimentaron la pesada prueba de tener que responder a cuestiones históricas que el credo empirista no había contemplado jamás: ¿qué clase de Le-

viatán nos gobierna?, ¿qué es la política y, en especial, nuestra política? (¿qué está pasando y por qué?, preguntaban a su modo cada mañana los jóvenes en revuelta), ¿de dónde venimos y qué fuerzas nos han gobernado hasta ahora?, ¿por qué una bandera tan aparentemente incolora y genérica como la democracia y la libertad política desencadena la violencia inaudita y salvaje del poder establecido?, ¿por qué los jóvenes estudiantes y quienes tuvieron el valor de seguirlos, por sí solos, estuvieron en condiciones de desatar un terremoto que conmovió a la sociedad entera?, ¿cómo fue que el gobierno, metido en un callejón sin salida, por su estúpida y obstinada intolerancia, recuperó casi instantáneamente su consenso en el pueblo? A los que habían olvidado la historia ésta se les hizo presente dramática y brutalmente: las tropas marchando contra los jóvenes, las calles y las plazas ensangrentadas, las cárceles atestadas de prisioneros políticos, un gobierno que rehacía rápidamente su prestigio, la hazaña libertaria y democrática ahogada por la eficacia del discurso populista y, unos meses después, la amnesia total de aquella amarga y sangrienta experiencia que el país acababa de vivir y que dejaba a la sociedad, ello no obstante, lacerada y mutilada, física y espiritualmente.

El 68 volvió a impartir cátedra sobre una vieja lección, casi olvidada: que el problema fundamental de toda sociedad organizada nacionalmente lo es el poder que sobre ella se ejerce y la mantiene unida y que sólo hay un modo para estudiarlo y comprenderlo: recurriendo a la historia y encuadrándolo en ella. Esto fue decisivo para nuestras ciencias

sociales en su conjunto, pero sobre todo para la ciencia política que entonces descubrió que estudios tipo "decision making", "voting" o "political participation"; que por lo demás ni siquiera habían tenido tiempo de afianzarse en nuestro medio, no garantizaban la comprensión de los grandes problemas nacionales replanteados por el movimiento estudiantil. No puede decirse, sin embargo, que éste haya sido un descubrimiento para el país, aunque lo haya sido para nuestra intelligentsia universitaria. El día que llegue a escribirse lo que una vez Pablo González Casanova llamó la *historia filosófica* del pueblo mexicano, quizá pueda comprobarse que el nuestro es un pueblo que jamás olvida las lecciones de la historia y que sus grandes momentos son siempre reivindicaciones claras y oportunas de su pasado y de su proceso de formación como una nación.

Si podemos hablar de la Revolución mexicana como un fenómeno que funda una nueva dimensión histórica, principio de una época decisiva, es siempre debido a la singular participación de las masas populares en el evento que hizo, de golpe y por la vía de la violencia, de la lucha armada, que la nuestra se convirtiera en una *sociedad de masas*, hecho que se impuso a todo el mundo y, en primer término, a los constructores del nuevo poder político, los cuales, hay que decirlo, fueron los mejores alumnos de la historia. Nuestro pueblo desde entonces cree en su futuro. Sabe que es la fuente del poder establecido, de lo que nadie hace un secreto, y por ello lo acepta y también cree en él; podremos no aceptarlo pues, obviamente, se trata de una conciencia enajenada, pero es un

hecho que nos envuelve y se nos impone día con día. Todos los pueblos tienen un pasado al que se deben y del que se sienten orgullosos; pero un pueblo que ha hecho una revolución de masas, en la que todos sus hijos han participado de uno u otro modo, se siente, además, inclusive en medio de la más terrible miseria, capaz de dictar el rumbo de su destino. Con un pueblo así, los opositores de un sistema económico, político y social tienen una doble ardua tarea: convencer a su pueblo de que está equivocado y, sobre esa base, conquistar el poder. Nuestro pueblo sabe que no ganó nada, o por lo menos muy poco, con la Revolución. Sobre ese punto nadie lo podrá engañar. Pero sabe también que, de cualquier forma, esa revolución la hizo él mismo, pagando un precio colosal en sangre, sufrimiento y miseria. Nadie podrá "dialogar" con él negándole o disminuyéndole un pasado que, objetivamente, por lo demás, resulta glorioso y heroico.

La Independencia, la Revolución, la expropiación petrolera, la reforma agraria; Hidalgo, Morelos, Juárez, Madero, Carranza, Zapata, Villa, Obregón, Cárdenas, no son únicamente temas manidos de políticos demagogos e inescrupulosos que mantienen las riendas del país, sino también momentos y nombres clave, emblemas de una tradición popular gloriosa que conserva como blasones de orgullo y de identidad nacional la memoria colectiva del pueblo como eventos y figuras de la historia que sabe propia. A un pueblo con un pasado glorioso, resulta evidente, no se le puede someter sólo por la fuerza, en realidad, *no por la fuerza*. Como recordaba Rousseau: "El más fuerte no lo es jamás por

tudinaria, una fe, una esperanza o, para decirlo con un término típico de la actual ciencia política, una *expectativa* en algo que se identifica como propio y que no es otra cosa que el *mito de la época* o *mito histórico*.

El mito de nuestra época es el mito de la *revolución popular*: no de la revolución como tal, como realmente ocurrió, sino de la revolución concebida como hecha por las masas populares, o mejor aún del levantamiento y la participación de las masas populares en una revolución que, por eso mismo, tiene sus signos propios, su identidad y su unicidad. Independientemente de cuál haya sido la participación real de las masas en la lucha de clases del México del siglo xx, la política ha buscado siempre, a partir de la Revolución y dependiendo en cada momento del grado de desarrollo del sistema político mismo, orientarse a través de y apoyarse en esa voluntad de creer que es patrimonio eminente de las masas trabajadoras. Obviamente, el mito de nuestra historia reciente no es obra exclusiva de la conciencia autónoma de las masas ni se trata de un modo de pensar la propia historia idéntico a sí mismo, sin rupturas o transformaciones a lo largo del tiempo. Dejado a sí mismo, como asunto exclusivo de las masas, en realidad, es probable que se hubiese agotado rápidamente. Sucedió en cambio que aquella fe en la Revolución se rehizo casi de golpe como fe en el Estado de la Revolución en la medida en que éste resultaba ser la encarnación de los ideales revolucionarios y, a la vez, el heredero ejecutor de los programas de la propia Revolución. Ésa fue la verdadera herramienta de la cons-

trucción del Estado moderno en México, fundado en el consenso popular.

El Estado de la Revolución mexicana necesitó más de veinte años, luego de que culminó la lucha armada, para acabar de constituirse en una auténtica potencia social soberana, en el representante real de la sociedad. Y en cada etapa que lo acercaba a ese objetivo decisivo, las masas trabajadoras volvieron, una y otra vez, a protagonizar hechos heroicos, a entablar batallas gloriosas, siempre a favor del Estado, encarnación tangible de su voluntad de creer. Ahora bien, tan cierto es que el mito hace a la historia, como que la historia hace al mito, lo que en nuestra época equivale a decir que si bien el Estado se construyó sobre la acción y la conciencia militante del pueblo trabajador, el mismo Estado, en la medida en que fue edificando su poder soberano, estuvo cada vez más en condiciones de modelar y dar un rumbo preciso al mito popular, en todo momento, como un componente esencial de su desarrollo y de su identidad como potencia autónoma. Siempre ha sido más fácil encontrar el carácter "popular" del Estado mexicano que su carácter "de clase", dilema con el que han andado permanentemente a la greña los doctrinarios de todos los credos políticos e ideológicos. Ello no debería parecernos extraño si nos atenemos al testimonio de nuestra historia. El mérito del Estado mexicano, en términos políticos, la clave de su éxito, para decirlo con Maquiavelo, radicó desde el principio en rechazar toda identidad que no fuera la de su origen histórico, la revolución popular, y la de las masas populares, lo que constituyó una innovación política, que sin

duda alguna era permitida por el atraso del país, y que dejó muy atrás a la concepción liberal y democrática del orden político de la sociedad. El Estado era *de la sociedad* en tanto en cuanto se debía a las masas populares, *a los trabajadores*. Ningún otro emblema ideológico habría permitido el ejercicio de un poder tan ilimitado ni el dominio tan completo sobre la sociedad entera como cuando se presentaban simultáneamente como bandera y como dictado del pueblo trabajador.

La nuestra pareciera ser, si es legítima la expresión, una *historia fuera del tiempo*, única, sin paralelo, sin alternativas, sin otra posibilidad de desarrollo que no sea la que hasta ahora ha experimentado y que supone que México vive aislado y aparte del mundo. En esa forma de ver las cosas se ha inspirado la ideología dominante expresada por los grupos gobernantes: "¡socialismo a la mexicana!", "¡ni capitalismo ni socialismo!" También ha determinado la posición de muchos estudiosos, y entre ellos de una gran parte de los historiadores que, buscando lo que es "peculiar" en la historia de nuestro país, persiguen demostrar, en el fondo, esa antigua vulgaridad de que "¡como México no hay dos!" Por supuesto que no se puede negar que México ha seguido un camino que es sólo suyo y que no se parece, sino en muy poco, al que otros pueblos han recorrido; ello le ha dado su identidad propia como nación y como sociedad políticamente organizada. Pero ése no es sino el modo particular en el que México se inscribe en la corriente universal de la historia del mundo. Dicho de otra manera: México cumple, a su modo, objetivos universales. La historia política de nuestro

país nos enseña el modo particular en el que en México fue construido el Estado moderno, a través de la conquista del consenso popular, soberano y autónomo, lo que constituye una auténtica ley del desarrollo político de todos los pueblos del mundo moderno y de ninguna manera la formación de un poder fuera del tiempo o de la historia. Probablemente un día lleguemos a descubrir que mientras más pudimos ser nosotros mismos en mayor medida fuimos más universales y mayor fue nuestra identificación con el hombre de hoy.